Carcinogens Fatality Report – Spanish

En un caso de derechos humanos de gran alcance, Ella Kissi-Debrah podría convertirse en la primera persona a la que se le atribuye la causa de la muerte por aire tóxico, y hacer por fin visible este asesino silencioso

Desde una diminuta oficina en el último piso del antiguo ayuntamiento de Catford, al sureste de Londres, Rosamund Kissi-Debrah lidera una campaña para que la contaminación atmosférica se incluya en la agenda política como nunca antes. Durante años se ha afirmado que la contaminación causada por los vehículos de motor, especialmente los coches, autobuses y camiones diésel, es mortal, y se habla de decenas de miles de muertes prematuras. Pero la cifra era siempre abstracta, y la identidad de los muertos, desconocida. Ahora, por primera vez, los activistas tienen el nombre de una joven víctima que, según dicen, murió como consecuencia directa de la contaminación atmosférica: Ella Roberta Kissi-Debrah, la hija de Rosamund, y si pueden demostrarlo creen que un asesino invisible se convertirá en algo muy real.

Ella, que sufría de asma severa, murió en 2013 a la edad de nueve años. Llevaba tres años sufriendo ataques relacionados con el asma como el que la mató. Kissi-Debrah dice que su hija, que creció y fue a la escuela cerca de la concurrida South Circular Road en Lewisham, tenía síncopes de tos, una condición generalmente asociada a los conductores de camiones de larga distancia que habían estado conduciendo durante décadas. “No podía entender por qué una niña de nueve años podía tener eso”, me dice.

Mientras Ella vivía, Kissi-Debrah buscó una explicación médica para la enfermedad. Ahora está convencida de que está relacionada con la contaminación atmosférica, argumentando que los pulmones de su hija se debilitaron a lo largo de su corta vida, y que los picos de contaminación desencadenaron los ataques que la hospitalizaron repetidamente en los últimos tres años. “Cuando enfermó por primera vez, fui al médico de cabecera y le di

antibióticos normales y pensé: ‘unos días y ya está'”, recuerda Kissi-Debrah. “Pero desarrolló una tos que sonaba realmente extraña, como una tos ferina”.

La tos persistía. En la tercera visita a la consulta, el médico la derivó a un especialista y, finalmente, Great Ormond Street se hizo cargo del tratamiento de Ella. “En la víspera de Año Nuevo de 2010 estaba en cuidados intensivos”, dice Kissi-Debrah. “Ahora resulta que todo lo que hicimos durante los dos años siguientes fue mantenerla. Tenía momentos en los que la tos desaparecía, pero nunca era suficiente”. Kissi-Debrah sostiene que los daños que su hija sufrió en los pulmones durante los primeros años de su vida la condenaron a la muerte.

Apoyada por la abogada de derechos humanos Jocelyn Cockburn, Kissi-Debrah está presionando para que se realice una nueva investigación sobre la muerte de su hija que, por primera vez, explique que la contaminación fue la causa. Para conseguir una segunda investigación, tendrán que demostrar que hay nuevas pruebas que no se tuvieron en cuenta en la investigación original de 2014. En este sentido, Stephen Holgate, profesor de inmunofarmacología de la Universidad de Southampton, ha examinado de nuevo el historial médico de Ella y ha llegado a la conclusión de que existe una “posibilidad real de que, sin los niveles ilegales de contaminación atmosférica, Ella no habría muerto”.